

# TEDI LÓPEZ MILLS

## *La alberca*

A veces,  
cuando hago mi recuento  
y me detengo, digamos,  
en la primera década,

durante un viaje a la frontera  
con la brutal lámina junto al arroyo  
y el páramo convocado por las llantas,  
los buitres de sobra  
en la rama hueca de algún leño,

o de regreso a la cuadra más veloz  
entre el eucalipto y los adoquines  
remotos de la iglesia,

recaigo en las albercas  
de mi memoria

y recuerdo los pozos iniciales,  
sin geometría,  
reacios al uso de mis piernas,  
tiesos con su limo en mi miedo;

o tan cerca del solsticio  
en la vereda de mi parque  
un balneario público  
con nombre de continente,  
donde nunca vi el agua  
en la pila de cloro  
sino salpicada en el aire  
con los gritos  
que se iban dilatando  
en las manchas de sol  
ese mediodía  
mientras yo miraba crecer  
la huella enorme del lodo  
en el centro de mi toalla  
y algo percibía, creo,  
no sé si de mí  
o de la blancura

expugnable  
de ciertas cosas.

Pero hay una alberca,  
por encima de todas,  
que me retiene.  
Su oval en la hora justa  
fue tan dúctil  
con cada clavado  
que parecía una maña del cuerpo.  
Estaba en Texas,  
en un motel de autopista,  
y aun al sumergirme podía oír  
cómo los motores raspaban  
mi última visión del pavimento.

Allí, en esa alberca,  
desde mi estatura en el flanco  
descendiente y menos profundo  
tuve toda la mañana  
con los ojos cerrados  
en medio de la luz  
un albedrío tan perfecto  
en los pies y en los brazos,  
un dominio tan exacto de la espuma  
que el fervor de las burbujas  
rotas en mi boca  
al respirar hundida  
en el fondo  
no fue un presagio,  
sino el final común  
de otros días en el agua

cuando apareció el mar más tarde  
con las palmeras borrosas  
en la curvatura de la bahía,  
el estilo raído de un desierto  
caduco en la arena  
y nada nunca  
volvió a ser tan impersonal. —